

rigores. La Redencion es la gran síntesis en la que se concilian y se juntan la divina justicia y la divina misericordia. Considerado á un tiempo mismo como Señor de cielos y tierra, y como nacido en un pesebre, y viviendo vida desnuda, y padeciendo muerte de cruz, es aquel punto central en que se juntan para conciliarse en una síntesis superior todas las tésis y todas las antítesis, en su perpétua contradicción y en su variedad infinita. Él es el indigentísimo y el opulentísimo, el siervo y el rey, el esclavo y el señor; está desnudo y vestido con vestiduras resplandecientes, obedece á los hombres y manda á los astros; no tiene pan para aplacar su hambre, ni agua para templar su sed, y manda á las rocas que revienten y á los panes que se multipliquen, para que viva el pueblo y para que tengan hartura las muchedumbres. Los hombres le afrentan y los serafines le adoran; en un mismo instante, obedientísimo y potentísimo, muere porque le mandan morir, y manda al velo del templo que se rompa, á los sepuleros que se abran, á los muertos que resuciten, al Buen Ladron que le siga, á la naturaleza toda que pierda el sentido, y al sol que encoja sus rayos. Viene en medio de los tiempos, anda en medio de sus discípulos, nace en el punto central de dos grandes mares y de tres inmensos continentes. Es ciudadano de una nacion que guarda el justo medio entre las del todo independientes y las del todo sujetas; se llama á sí propio el camino, y todo camino es centro; se llama la verdad, y la verdad ocupa el medio de las cosas; es la vida, y la vida, que es lo presente, es el medio entre lo pasado y lo futuro; pasa la vida entre los aplausos y los vituperios, y muere entre dos ladrones.

Y por eso fué á un tiempo mismo escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Los unos y los otros tenian naturalmente una idea de la tésis divina y de la antítesis humana; pensaban empero, y en esto, humanamente hablando, no iban fuera de camino, que esa tésis y esa antítesis eran

inconciliables y de todo punto contradictorias: el entendimiento humano no podia levantarse hasta su conciliacion por medio de una síntesis suprema. El mundo habia visto siempre ricos y pobres; pero no podia concebir como posible la union en una persona, de la indigencia mayor y de la opulencia suma. Pero eso mismo que parece absurdo á la razon, parece á esa misma razon convenientísimo cuando la persona en que esas cosas se juntan es una persona divina, la cual, ó no habia de ser ni habia de venir, ó habia de ser y habia de venir de esa manera. Su venida fué la señal de la conciliacion universal de todas las cosas, y de la paz universal entre todos los hombres: los pobres y los ricos, los humildes y los potentes, los venturosos y los atribulados, todos fueron unos en él, y solo en él fueron unos; porque solo él era á un mismo tiempo opulentísimo é indigentísimo, potentísimo y humildísimo, venturosísimo y atribuladísimo. Esta es aquella fraternidad pacífica que él enseñó á los que abrieron sus entendimientos y sus oídos á su divina palabra. Esta es aquella fraternidad evangélica que vienen predicando unos despues de otros, con perpétua é incansable predicacion, todos los doctores católicos. Negad á nuestro Señor Jesucristo, y luego al punto comienzan los bandos y las parcialidades, y los grandos tumultos, y las soberbias rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pendones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de ventura, las aristocracias contra los reyes, las muchedumbres contra las aristocracias; y unas con otras, como dos inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, las alteradas y bárbaras muchedumbres.

La verdadera humanidad no está en ningun hombre: estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su naturaleza contradictoria; porque por un lado es altísima y

excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza. Por un lado es tan excelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué desde el principio y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los patriarcas en silencio, denunciada á voces por los profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una virgen, y el Espíritu Santo la formó por su propia virtud en sus virginales entrañas; y Dios entró en ella y la unió á sí perpétuamente; y unida perpétuamente á Dios aquella humanidad sacratísima, fué celebrada en su nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los reyes; y cuando Dios junto con esta humanidad quiso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vió venir sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decía:—Este es mi Hijo muy amado en quien me agradé siempre;—y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró, sanando á los dolientes, consolando á los afligidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondidas y anunciando las venideras, que causó espanto y puso en admiracion á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios; porque aquella humanidad fué vista de todos, hoy muerta y tres dias despues gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo calladamente los aires, se la vió subir á lo alto como á una divina aurora.

Y esta misma humanidad, por un lado gloriosísima, era, por otro, ejemplar de toda bajeza, como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la sustitucion la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles; por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los

cielos su alegría; por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas; por eso anda, como si fuera pecador, entre los pecadores, siendo el santo de los santos: aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, más allá discurre con el avaro. A Judas da un ósculo de paz, y á un ladron le ofrece su paraiso; y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se cuajan en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padeceres, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto baña el sol, y en cuanto se dilata la tierra, no hubo hombre ninguno puesto en tan grande orfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discípulos uno le vende, otro le niega, y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron sangre; su rostro fué luego herido con bofetadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarúio, y su frente coronada con una punzante corona; cargó con su propia cruz, y se derribó en el suelo muchas veces, y subió la ladera del Gólgota seguido de delirantes muchedumbres que iban llenando los aires de vociferaciones siniestras. Cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de él, y los ángeles que le servian por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados: hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas meneando la cabeza le decian: Si eres el Hijo de Dios, descende de esa cruz.

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Cómo no habian de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo

y locura? Y sin embargo, aquel hombre, puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asalto con el esfuerzo de unos pobres pescadores, como él desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por él mudaron los hombres sus vidas, por él dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su cruz, y salieron de las ciudades, y poblaron los desiertos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á sus carnes castigos atroces, trayéndola siempre sujeta: y á más de esto creyeron con firmísima fé, poco despues de su muerte, cosas estupendas é increíbles; porque creyeron que aquel que habia sido crucificado, era hijo único de Dios, y Dios; que habia sido concebido en el seno de una vírgen por obra del Espíritu Santo; que era señor de cielos y tierra el mismo que habia nacido en un pesebre, y habia sido envuelto en humildísimos pañales; que muerto ya, bajó al infierno y se llevó consigo las almas limpias y puras de los antiguos patriarcas; que tomó despues su propio cuerpo, y le sacó glorioso del sepulcro, y se le llevó por los aires, trasfigurado ya y resplandeciente; que la mujer que le habia llevado en sus entrañas era, al mismo tiempo que madre amorosa, inmaculada vírgen que fué arrebatada por los ángeles al cielo, que fué aclamada allí, por las falanges angélicas y por edicto soberano, reina de la creacion, madre de los desamparados, intercesora de los justos, abogada de los pecadores, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo; que todas las cosas visibles son de ménos valer y dignas solo de menosprecio al lado de las secretas é invisibles; que no hay otro bien sino el que está en padecer trabajos, y en aceptar dolores, y en arrostrar angustias, y en vivir en perpétua tribulacion y congoja, ni otro mal sino el placer y el pecado; que el agua del bautismo purifica, que la confesion de la culpa levanta, que el pan y el vino se

convierten en Dios, que Dios está en nosotros, y fuera de nosotros en todas partes; que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, que ninguno nace sin su ordenacion, y que no cae ninguno sin su permiso ó sin su mandato; que si el hombre piensa su pensamiento, él es el que se le pone delante; que si su voluntad se inclina, él es el que la mueve; que él es el que le fortifica cuando se esfuerza, y que tropieza y cae si llega á faltarle su ayuda; que los muertos resucitan y vienen á juicio; que hay cielo y hay infierno, penas eternas y gloria perdurable; que todo esto habia de ser creido por el mundo, contra el poder todo del mundo; y que esta maravillosa doctrina se habia de abrir paso invencible contra la voluntad y á pesar del gran poderío de príncipes, reyes y emperadores; que por ella habian de dar su sangre y padecer tormentos falanjes infinitas de confesores ilustres, de doctores insignes, de vírgenes delicadas y púdicas, y de mártires gloriosos; que la locura del Calvario habia de ser tan contagiosa, que habia de enloquecer á las gentes en cuanto mira el sol, y en cuanto alcanza todo el orbe de la tierra.

Todas estas cosas increíbles fueron creidas por los hombres, cuando tuvo fin aquella gran tragedia de las tres horas que se representó en el Gólgota, con miedo del sol y con temblor de la tierra en todos sus miembros. Así tuvo cumplido efecto aquella palabra que pronunció Dios por Osea, diciendo: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* (C. 11, vers. 4.) Los hombres han caído en esa celada del amor, que les tendió el Hijo del Dios vivo, blanda y amorosamente. El hombre es de tal condicion, que se rebela contra la omnipotencia, se alza contra la justicia, y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo, y como penetrado en amor hasta en la medula de sus huesos, si por ventura oye la voz dolorida y lastimera de aquel que muere por él, y que muriendo le ama. *¿Por qué me persigues?* Esta es

aquella voz, temerosa á un tiempo mismo y amante, que sue-
na de continuo en los oídos de los pecadores: y ese acento
de queja dulcísima, amorosa y suave, es el que va derecho
al alma, y la transforma y la muda y la convierte toda á Dios,
y la obliga á buscarle por los poblados y por los desiertos,
por los montes bravos y por las tierras llanas, por los cam-
pos agostados y por los verjeles. Aquella voz es la que en-
ciende al alma en el casto amor del esposo, y la que la lleva
como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embria-
gantes perfumes, como la sed lleva al ciervo á los hermosos
manantiales de aguas vivas. Dios vino al mundo para poner
fuego á la tierra, y la tierra comenzó á humear y luego á
arder por todos sus cuatro costados, y de día en día se han
ido dilatando por todas las regiones las llamas poderosas de
esos divinos incendios. El amor explica lo inexplicable, y el
hombre cree por el amor lo que parece increíble, y obra lo
que parecía imposible de obrarse: porque con el amor, todo
es hacedero y todo es llano.

Cuando aquellos de los apóstoles que vieron al Señor an-
tes de padecer, trasfigurado y vestido de blanquísimas vesti-
duras, más resplandecientes que el sol y más blancas y pu-
ras que el ampo de la nieve, dijeron, como extáticos y absor-
tos; Quedémonos aquí,—aún no tenían idea del divino amor,
ni de sus inefables deleites; por eso el gran Apóstol, maes-
tro ya en este gran arte del amor, dijo despues: Solo una
cosa quiero entender, que es Jesucristo; y ese, crucificado;
que fué tanto como decir: Quiero saberlo todo, y para sa-
berlo todo, quiero saber á Jesucristo solamente; porque solo
en él están juntos todos los saberes, y unidas entre sí todas
las cosas. Y añadió despues: *Y ese, crucificado*; y no dijo: *y
ese, trasfigurado y glorioso*; porque poco importa conocerle
en su omnipotencia, asistiendo con el pensamiento á la obra
maravillosa de la creación universal, ni basta conocerle en
su gloria cuando está su faz resplandeciendo con una luz in-

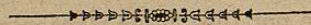
creada, y cuando las potestades del cielo se derriban absor-
tas ante el acatamiento divino; ni satisface del todo verle
pronunciar los fallos de su justicia inapelables, rodeado de
ángeles y serafines, ni el alma queda del todo satisfecha
cuando asiste á las altas maravillas de su infinita misericor-
dia. El Apóstol, con una sed que nada aplaca, y con un
hambre sin hartura, y con un deseo invencible, quiere más,
y pide más, y lleva más alto el atrevido pensamiento, porque
no se contenta sino con saber á Cristo crucificado, es decir,
como él desea más ser sabido; de la manera más alta y ex-
celente que la razón puede concebir, y la imaginación ima-
ginar, y desear el más altivo y levantado deseo; porque eso
es conocerle en el acto de su amor incomprendible é infini-
to. Eso es lo que quiere significar el Apóstol cuando dice:
Ninguna cosa quiero saber sino á Jesucristo; y ese, cruci-
ficado.

A ese solo quisieron saber los pocos bienaventurados que
tomaron su cruz y fueron poniendo el pié atentamente en
donde vieron el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas.
A ese solo quisieron saber aquellos padres del yermo que
convirtieron los desiertos desnudos en pensiles del paraíso.
A ese solo quisieron saber aquellas vírgenes castas, milagro
de fortaleza, que, puestas todas las concupiscencias á sus
pies, le tomaron por esposo y le consagraron sus limpios y vir-
ginales pensamientos. A ese solo quisieron saber todos los
que, convertidos en fuentes sus ojos, han recibido las tribu-
laciones con alegría de corazón, y se han encumbrado con
pié firme en el áspero monte de la penitencia.

Entre las maravillas de la creación, el alma en caridad
es la más maravillosamente admirable, no solo porque su
estado es el más subido y excelente que en este bajo suelo
se puede entender, sino tambien porque ella va declarando á
voces los prodigios obrados por el amor divino, el cual no fué
solo poderoso para borrar nuestro pecado, y con él el desórden

y la causa de todo desorden, sino tambien para inclinarsnos á desear libremente aquella misma deificacion que deseamos antes, y para hacer que pudiéramos conseguir aquello que deseamos, aceptando la ayuda de la gracia que merecimos en el Señor y por el Señor, cuando para merecérnosla y para que la mereciéramos derramó su sangre en el Calvario. Todas estas cosas significan aquellas palabras memorables que Jesucristo pronunció al tiempo de espirar, cuando dijo: *Todo se ha consumado*; que fué tanto como decir: Acabé con el amor lo que no pude ni con mi justicia, ni con mi misericordia, ni con mi sabiduría, ni con mi omnipotencia; porque borré el pecado, que hacia sombra á la Majestad divina y á la belleza humana, y saqué á la humanidad de su vergonzoso cautiverio, y dí al hombre la potestad que con la culpa habia perdido de salvarse. Ya puede bajar mi espíritu á fortificar al hombre, á embellecer al hombre, á deificar al hombre; porque le he traído á mí, y le he unido á mí con potentísima y amorosísima lazada.

Cuando aquella palabra memorable fué pronunciada por el Hijo de Dios al espirar en la cruz, todas las cosas quedaron maravillosamente ordenadas, y ordenadamente perfectas.



Cada uno de los dogmas contenidos, así en este libro como en el anterior, es una ley del mundo moral; cada una de esas leyes es de suyo incontrastable y perpétua; todas juntas componen el código de las leyes constitutivas del orden moral en la humanidad y en el universo; las cuales unidas á las físicas, á que están sujetas las materiales, forman la ley suprema del orden, por la que se rigen y gobiernan todas las cosas criadas.

De tal manera y hasta tal punto es necesario que todas las cosas estén en un orden perfectísimo, que el hombre, desordenándolo todo, no puede concebir el desorden; por eso no hay ninguna revolucion que, al derribar por el suelo las instituciones antiguas, no las derribe en calidad de absurdas y de perturbadoras; y que, al sustituirlas con otras de invencion individual, no afirme de ellas que constituyen un orden excelente. Esta es la significacion de aquella frase consagrada entre los revolucionarios de todos los tiempos, cuando llaman á la perturbacion que santifican *un nuevo orden de cosas*. Hasta Mr. Proudhon, el más atrevido de todos, no defiende su *anarquía* sino en calidad de expresion racional del orden perfecto, es decir, absoluto.

De la necesidad perpétua del orden se sigue la necesidad perpétua de las leyes así físicas como morales que le constituyen; por esa razon, todas ellas fueron creadas y proclamadas solemnemente por Dios desde el principio de los tiempos. Al sacar al mundo de la nada, al formar al hombre del barro de la tierra, al sacar á la mujer de su costado, al constituir la primera familia, quiso Dios declarar de una vez para siempre las leyes físicas y morales que constituyen el orden en la humanidad y en el universo, sustrayéndolas de la jurisdiccion del hombre, y poniéndolas fuera del alcance de

sus locas especulaciones y de sus vanos antojos. Hasta los dogmas de la Encarnacion del Hijo de Dios y de la redencion del género humano, que no habian de ser cumplidos sino en la plenitud de los tiempos, fueron revelados por Dios en la edad paradisiaca, cuando hizo á nuestros primeros padres aquella misericordiosa promesa con que vino á templar el rigor de su justicia.

El mundo ha negado esas leyes vanamente: aspirando á rescatarse de su yugo por su negacion, ninguna otra cosa ha conseguido, sino hacer su yugo más pesado por medio de las catástrofes, las cuales se proporcionan siempre á las negaciones: siendo esta misma ley de proporcion una de las constitutivas del órden.

Libre y extendido campo dejó Dios á las opiniones humanas; anchos fueron los dominios que sujetó al imperio y al libre albedrío del hombre, á quien fué dado señorearse del mar y de la tierra, rebelarse contra su Criador, mover guerra á los cielos, entrar en tratos y alianzas con los espíritus infernales, ensordecer al mundo con el rumor de las batallas, abrasar las ciudades con incendios y discordias, estremecerlas con las tremendas sacudidas de las revoluciones, cerrar el entendimiento á la verdad y los ojos á la luz, y abrir el entendimiento al error y complacerse en las tinieblas; fundar imperios y asolarlos, levantar y allanar repúblicas, cansarse de repúblicas, imperios y monarquías; dejar aquello que quiso, volver á lo que dejó, afirmar todo, hasta lo absurdo; negarlo todo, hasta la evidencia; decir *no hay Dios, y soy Dios*; proclamarse independiente de todas las potestades, y adorar al astro que le ilumina, al tirano que le oprime, al reptil que se arrastra por el suelo, al huracan que viene rebramando, al rayo que cae, al nublado que le lleva, á la nube que pasa.

Todo esto y mucho más le fué dado al hombre; pero mientras que todas estas cosas le fueron dadas, los astros

cursan perpétuamente y con perpétua cadencia en giros concertados, y las estaciones se mueven unas en pos de otras en armoniosos círculos, sin alcanzarse y sin confundirse jamás; y la tierra se viste hoy de yerbas, de árboles y de mieses, como lo hizo siempre desde que recibió de lo alto la virtud de fructificar; y todas las cosas físicas cumplen hoy, como cumplieron ayer y como cumplirán mañana, los divinos mandamientos, moviéndose en perpétua paz y concordia, sin traspasar un punto las leyes de su potentísimo Hacedor, que con mano soberana concierta sus pasos, refrena sus ímpetus y da rienda á su curso.

Todo aquello y mucho más le fué dado al hombre; pero mientras que todas aquellas cosas le fueron dadas, no pudo tanto que á su pecado no siguiera el castigo, y á su delito la pena, y á su primera transgresion la muerte, y la condenacion á su endurecimiento, y á su libertad la justicia, y á su arrepentimiento la misericordia, y á los escándalos la reparacion, y á las rebeldías las catástrofes.

Al hombre le ha sido dado poner á sus pies la sociedad desgarrada con sus discordias, echar por tierra los muros más firmes, entrar á saco las ciudades más opulentas, derribar con estrépito los imperios más extendidos y nombrados, hundir en espantosa ruina las civilizaciones más altas, envolviendo sus resplandores en la densa nube de la barbarie. Lo que no le ha sido dado, es suspender por un solo día, por una sola hora, por un solo instante, el cumplimiento infalible de las leyes fundamentales del mundo físico y del moral, constitutivas del órden en la humanidad y en el universo; lo que no ha visto ni verá el mundo, es que el hombre que huye del órden por la puerta del pecado, no vuelva á entrar en él por la de la pena, esa mensajera de Dios, que alcanza á todos con sus mensajes.